

en toda la noche sus ojos, y tuvo fijo en la imaginacion el semblante pálido de Teresa y el cadáver frío y ensangrentado del capitán Manuel. Teresa, aunque débil y enferma, pudo continuar el viaje, y á los tres días llegaron á Veracruz. El paquete inglés estaba listo para darse á la vela: Arturo acompañó á Teresa á bordo; y allí hubo nuevas lágrimas, nuevas recomendaciones, nuevos encargos de una y otra parte.... Se separaron!

La pobre criatura se lanzó con su dolor, con su soledad, con los recuerdos de su infortunado amor, al Océano, á ese desierto infinito, y Arturo regresó á una posada, á acostarse y á delirar con una violenta fiebre que lo devoraba.

XIII

Alivio.

El lector recordará que al fin del capítulo anterior dejamos á Arturo enfermo, á Teresa en el mar, al capitán Manuel moribundo, y á Celeste en manos de la justicia. Comencemos por nuestro amigo Arturo, que encontró en su enfermedad mas auxilios que los que podía esperar, pues que Veracruz es un país hospitalario, y en aquella inteligente é ilustrada juventud encuentran siempre vivas simpatías la desgracia y el infortunio. Los primeros días fueron fatales para Arturo: la fiebre, ó mas bien dicho, las singulares aventuras que le habian acontecido en pocos días, hicieron un efecto rarísimo en su organizacion nerviosa; y habia momentos en que se levantaba del lecho y corria por el cuarto con los brazos abiertos, exclamando: Tere-

sa! Teresa mia! Despues, en voz alta pronunciaba palabras incoherentes y sin orden alguno, pero en las que se echaba de ver, sin embargo, que profundos pesares y remordimientos destrozaban su corazon. En aquellos momentos era precisamente cuando los jóvenes veracruzanos, que alegres y frívolos jugaban al billar y bebían sendos vasos de ponche, acudían al cuarto que Arturo ocupaba en el hotel, tomaban al paciente en sus brazos y lo acostaban en el lecho, donde desfallecido y sin fuerzas permanecía entregado siempre á sus dolorosos delirios. Los médicos no aseguraban la vida de Arturo; y cuando mas humanos se mostraban, calculaban que el enfermo lograria la vida, pero perderia la razon; digo calculaban, porque siendo la medicina una ciencia todavía tan oscura, nada de positivo, ni aun de probable se puede decir cuando se trata de ciertas enfermedades. Como debe suponerse, no se escasearon las sangrías, sanguijuelas, cáusticos, ventosas y demas medicinas de la terrible categoría de los revulsivos, que hacen de un enfermo un mártir, y de los sabios doctores unos crueles verdugos. La juventud, que se sobrepone muchas veces á los mas duros padecimientos físicos y morales, triunfó por fin, y Arturo volvió, por decirlo así, á la vida, aunque tan extenuado, que su misma madre no lo hubiera reconocido. Durante su convalecencia tenia á veces la sociedad de varios jóvenes, que informados de que era de una rica y distinguida familia de México, trabaron amistad con él; pero cuando quedaba solo, caía en una profunda melancolía, y su rostro pálido

y todavía con las huellas profundas del mal, parecia, en el fondo oscuro del cuarto, una de esas bellas cabezas que suelen encontrarse en algunos cuadros de la escuela holandesa. El pensamiento dominante de Arturo era el hacerse fraile; pero ningun convento de México le pareció á propósito, pues deseaba una vida sumamente austera, solitaria, caritativa, como la que tienen los monjes que viven entre las asperezas y las nieves del monte de San Bernardo. Otras ocasiones le parecia que una vez que adoptara este género de vida, abría sin remedio á sus piés un abismo, y que en vez del paraíso que aguardaba á los santos religiosos despues de su muerte, le tocarían las llamas eternas; porque la felicidad en esta vida y en la otra, se la figuraba al lado de una mujer que, como Teresa, tuviera por él la santa abnegacion, el sublime amor que tenia por el capitán Manuel, á quien él habia asesinado; en una palabra, si el mal físico de Arturo habia cesado, la enfermedad moral se desarrollaba de nuevo, y entonces las predicciones de los médicos podían cumplirse. En medio de estos encontrados y distintos pensamientos, que hacían de su cabeza un volcán, Arturo llevaba la mano á su frente, abría mas sus ojos, y reflexionaba si por ventura era aún presa del delirio y de la fiebre. Los días fueron dándole un poco mas de tranquilidad; de suerte que justamente al mes de haber caído enfermo, el médico de cabecera lo mandó vestir y rasurar, y le permitió añadir á la sopa un pedazo pequeño de pescado y un poco de dulce. Pero sea la debilidad, ó sea que el presentimiento de

una salud completa, sin la dicha del alma que buscaba, le asustase, al día siguiente, sintiéndose abatido y completamente inútil para la vida, guardó la cama.

A cosa de medio día se presentó en su cuarto un personaje vestido de negro, á pesar del calor y contra la costumbre veracruzana; sus ojos eran relumbrantes, sus patillas negras y espesas, y su fisonomía hermosa tenía, por decirlo así, algo de siniestro y de terrible. El nuevo personaje se colocó frente de la cama del enfermo, y un rayo de sol que penetraba por la ventana entreabierta, lo iluminó enteramente; Arturo creyó reconocer al hombre del Paso de Calais, y con sus dos manos se tapó los ojos y sumergió su cabeza entre los almohadones. A los dos minutos escuchó una risa sardónica y aguda, y Arturo involuntariamente quitó las manos de sus ojos y las puso en sus oídos; pero el hombre del Paso de Calais se acercó al lecho, y tocó el hombro del enfermo. Arturo sintió que un frío nervioso recorría todo su cuerpo, y se acogió completamente; creía que la fiebre volvía á comenzar de nuevo, y que deliraba con Rugiero, con el capitán Manuel y con todas esas bellas mujeres con quienes había tenido que tratar en los pocos días de sus aventuras.

—Vamos, Arturo, dijo Rugiero acercando su silla y sentándose al lado de la cama; levantáos, pues el alivio es evidente; las facciones están ya menos extenuadas, y la palidez se va desapareciendo á toda prisa de vuestras mejillas.

Arturo ocultó enteramente su rostro entre la ropa de la cama.

—Os traigo buenas noticias, continuó Rugiero, dando á su voz un acento agradable y hasta melífluo.

Arturo no hizo caso.

—Estoy cierto de que cuando sepais que os traigo una carta...

—Una carta!.... murmuró Arturo sin descubrirse.

—Sí, una carta, y de una persona muy querida para vos.

—Muy querida, decís? preguntó Arturo con interés y descubriéndose un poco.

—Estoy seguro de que será mas eficaz que todas esas detestables pócimas que os han dado los médicos.

—Si seré presa nuevamente del delirio y de la fiebre, Dios mio? dijo Arturo acabando de descubrir su rostro, y pasando la mano por sus ojos.

—De ninguna manera, le interrumpió Rugiero con voz muy afable; por el contrario, estais mas aliviado, y os repito que esta carta os volverá enteramente la salud.

—De quién es la carta? dijo Arturo volviéndose hácia el lado en que estaba Rugiero.

—Adivinad, tontuelo.

—Será de Auro?....

—Oh! no.... mejor....

—De Celes....

—Locura!

—Entonces?

—Entonces....

—Acabad, dijo Arturo con impaciencia.

—Es... de vuestra madre...

—Ah! de mi madre... Dádmela, dádmela, exclamó Arturo levantándose con la energía y la facilidad de un hombre que está en completa salud.

—?No os dije que esta os volvería la salud?..... Tomad.

Rugiero dió la carta al convaleciente, y este la abrió con avidez, y leyó:

«Hijo de mi alma:

«Cuando apenas saboreaba el placer de tenerte en mi compañía y de besar tu frente todas las noches, te has separado de mí. ¿Por qué haces derramar lágrimas á tu madre? ¿Dónde estás, hijo mio? ¿Por qué te marchaste sin darme un abrazo, y sin decirme adios? Si ahora se agravaran mis males, y muriera sin bendecirte, qué sería de tu suerte? Cualquiera que sean tus faltas, el corazón de una madre tiene tesoros inagotables de ternura y de amor para sus hijos. Si acaso tienes compromisos de dinero, no te dé cuidado; venderé mis alhajas, y todo se re-mediará, sin que lo sepa tu padre; ven, por Dios, hijo mio.

«Tres ó cuatro recados he recibido de la señorita Aurora N*** preguntando por tu salud; también ha venido una pobre mujer de parte de una jóven que está en la cárcel, diciendo que es preciso que la veas: ven, hijo mio, consulta tus asuntos con tu madre, y todo se compondrá. El señor Rugiero, tu amigo, se ha encargado de poner en tus manos esta carta, y

«espera al menos la respuesta, tu madre que te adora con el corazón y con la vida.—CLARA.»

—Gracias, un millon de gracias, dijo Arturo, besando la firma de su madre, y dirigiendo al hombre del Paso de Calais una mirada de agradecimiento. En efecto, esta carta me ha vuelto la salud.... ¡Ingrato! no me acordaba de que mi pobre madre sufria y lloraba por mí.... Explicadme mas esta carta: ¿habeis visto á mi madre?

—La he visto, y está muy apesarada; pero yo la he tranquilizado mucho, y está menos mala.

—Gracias, Rugiero, gracias. Mi madre me dice, continuó Arturo sonriéndose, que Aurora ha mandado recados.... Lo sabeis?

—Y aunque no lo supiera, me lo supondria, contestó Rugiero; porque el corazón de las mujeres es así: son piadosas y caritativas hasta por demas.

—Siempre sarcástico, Rugiero, dijo Arturo; pero esto me sirve de satisfaccion; sin embargo....

—Es menester reirse de todo, amigo mio, contestó el hombre de Calais, arrellanándose con indiferencia en el sofá, y encendiendo con un fósforo un enorme puro habano.

—Y esta mujer que me ha buscado de parte de una jóven que está en la cárcel, ¿sabeis quién pueda ser?

—Esa es materia que ni merece mencionarse.

—Por qué?

—Porque es una historia de gente baja, de esa canalla del pueblo, donde solo están desarrollados los malos instintos.

Arturo comenzó á maliciar alguna cosa, y tímida-mente dijo á Rugiero:

—Sea lo que fuere, sacadme de la duda.

Rugiero, echando bocanadas de humo, y subiendo sus dos piés, á la manera de un yankee, sobre la mesa de noche que estaba inmediata, le contestó con indiferencia:

—Amigo mio, os decia que es una historia de gente del pueblo, que no merece mencionarse. ¿Os acordais de una muchachuela que se hacia la santa y la virtuosa?

—Cómo? interrumpió Arturo alarmado, ¿qué connexion puede tener esa muchacha con lo que quiero saber?

—No solo tiene connexion, sino que....

—Oh! la injusticia, la envidia acaso.... dijo Arturo con calor.

—Nada de eso, contestó con la misma frialdad Rugiero; el hecho es muy natural y muy sencillo: la muchacha, en vez de ser una santa, era una ladrona; en vez de ser una casta Susana, era una bonitilla prostituta: la justicia se apoderó de ella y la condujo á la cárcel; esto es todo.

—Ladrona y prostituta! dijo Arturo dejándose caer anonadado en su lecho.

—Y qué! ¿os asombráis de eso? contestó Rugiero.

—Oh! la amaba, la amaba.

Rugiero soltó de nuevo una carcajada.

—Por qué os reis? preguntó Arturo volviendo lentamente la cabeza.

—Es muy natural, amigo mio; porque vos no amais ni habeis amado nunca á Celeste, y durante vuestro delirio, solo habeis tenido delante de vuestros ojos la imágen de otra mujer.

—No comprendo vuestro lenguaje, Rugiero; y esas palabras no pueden ser sino conjeturas, puesto que no estais dentro de mi corazon.

—Y si os dijera, Arturo, que poco antes de que yo viniera, pensabais....

—Pensaba, interrumpió Arturo, en esta maldita enfermedad que aun me tiene clavado en la cama.

—Y no os venia acaso á la imaginacion, continuó Rugiero, la soledad de un claustro, el retiro y la meditacion?.....

—Cómo! ¿acaso me habeis escuchado?

—De ninguna suerte; pero es natural pensar en acogerse á la religion, cuando el amor trata de huir para siempre de nuestro corazon; y por otra parte, el espectáculo de las nieves del monte de San Bernardo.... la soledad de la Cartuja.... en fin....

—Volvemos de nuevo á los misterios, Sr. Rugiero? dijo Arturo con visibles muestras de cólera.

—Rugiero se sonrió.

—En esta vez, continuó Arturo con resolucion, con tal que me concedais algunos dias mas para recobrar la firmeza de mi pulso, saldré de la duda y sabré si sois de este mundo ó del otro. ¿Lo ois? Un par de buenas pistolas nos harán enteramente iguales.

—Vaya, repuso Rugiero con calma; se conoce que estais débil, y que por consecuencia el cerebro....

—Estoy enteramente sano, caballero, y si quereis probarlo en este mismo momento....

Rugiero clavó los ojos en el jóven, y este sintió alguna cosa en sus nervios, como lo que se experimenta con el contacto de una máquina eléctrica. Hubo un momento de silencio, y despues Rugiero habló.

—Tened calma, y escuchadme: en mí no hay nada misterioso ni fantástico; y si algunas veces suelo adivinar vuestros pensamientos, eso no es debido sino á que conozco el corazon humano. He vivido muchos años, y en medio de la vida errante y vagabunda, que como os dije, he llevado por todos los paises, me he ocupado en estudiar el carácter de los hombres en particular y el de las naciones en general. ¿Se necesita acaso ser un ente sobrenatural para conocer que los ingleses son avaros y borrachos, los españoles jactanciosos, los franceses charlatanes, los americanos codiciosos y los mexicanos ligeros é insustanciales. ¿Se necesita acaso haber bajado de la luna para conocer los vicios y los defectos de esta coleccion mezquina y miserable de animales que se llaman raza humana? Ahora, hablando en lo particular, todo jóven lleno de ardor y de esperanzas, como voz, que se ve en lo mas florido de sus años, sin amor y sin ilusiones, piensa forzosamente, ó en entregarse á Dios, ó en regalarse al diablo; es decir, ó en el claustro, ó en el suicidio. Con el tiempo acaso indagaremos algunas historias secretas de esos hombres vestidos de negro, de rostro pálido y de ojos penetrantes, y vereis que en el fondo no hay mas que amor, celos y desgracia: en cuanto á

las mujeres, es bastante sabido que hacen lo mismo en igualdad de circunstancias: ó son monjas, ó cortesanas.

—Es verdad, dijo Arturo con tristeza, es verdad... Pero decidme, ¿por qué me habeis mentado el monasterio de San Bernardo?

—Es tambien natural, Arturo: vdes. los mexicanos, tienen el privilegio de convertir la triaca en veneno: los frailes, que debian estar en la soledad, en el retiro, convirtiendo á los infieles, sembrando la palabra de Dios, se hallan aglomerados en las grandes capitales: así, los monasterios no son ni pueden ser esos asilos silenciosos y llenos de religion y de misterio, donde una alma herida y desgraciada puede refugiarse en el seno de Dios....

Rugiero suspiró profundamente, y Arturo notó que una lágrima temblaba en sus párpados.—Es cosa singular, se dijo para sus adentros, que siempre que este hombre habla de religion y de virtud, se enternece!

—Pero parece que me desvío de mi objeto, continuó Rugiero enteramente repuesto y dando á su fisonomía un aire de ironía: la cuestion era que no amabais á Celeste, y voy á daros mis razones. Vos amais, además de la mujer, la seda de que está vestida, la alfombra que pisa, el piano que toca, el brillante candelabro que la alumbrá, el coche que la conduce hermosa y fantástica por esas calles de palacios que vdes. tienen en México.

—Os engañais, Rugiero; yo amaba á Celeste, porque era desgraciada, porque era buena, porque era

mas hermosa con su pobreza, que mil otras que....

—Eso no es cierto, Arturo; le teniais lástima, y esto es todo; pero eso es muy distinto del amor: esa reflexión sobre la virtud y las buenas cualidades, se queda para cierta edad del hombre en que pasa por reflexivo y por juicioso, y cuando en realidad no es mas que un frio egoista. La juventud y el amor requieren brillo y pompa: así, Arturo, vos amabais mas á Aurora, y la prueba es que habeis recibido una completa satisfaccion con las palabras que sobre este particular os escribe vuestra madre....

—En efecto, no lo puedo negar.... pero....

—Pero tampoco ese es amor, interrumpió Rugiero, acercándose al oido del jóven; vos amais apasionadamente....

—A quién? preguntó Arturo alarmado.

—A Teresa, dijo Rugiero.

—Arturo se puso mas pálido de lo que estaba, y á media voz dijo:—A Teresa, no; no puedo amarla.

—Por esa razon la adorais con delirio, y esto es bien hecho: os voy á decir la verdad. Un casamiento con Celeste, es imposible, porque una mujer que ha sido llevada públicamente entre soldados, que ha robado, que ha vivido en la cárcel, no puede ser.... ni vuestra querida: cuando cayera la venda de vuestros ojos, veriais la realidad de las cosas, y os asustariais.

Tampoco una mujer frívola, caprichosa, que corre desatinada en pos de los teatros y de los bailes, trayendo como un cometa una grande cauda de amantes, puede llenar un corazón avaro de amor. Pero....

una mujer pálida, extenuada, como Teresa, interesante por su desgracia, poética con su orfandad, sublime por sus exquisitos sentimientos, bella con sus grandes ojos negros llenos de lágrimas.... Eso es otra cosa, jóven, y teneis razon de adorarla.

Arturo, pálido, con los ojos descarriados y la respiracion trabajosa, queria interrumpir á Rugiero; mas las palabras espiraban en su garganta.

—Ahora bien, continuó el hombre del Paso de Calais, sin dar muestras de haber notado la agitacion de Arturo; ¿si en vez de esa rectitud de sentimientos, de esa caballerosidad, buena para la edad média, pero altamente ridícula en el siglo XIX, os hubierais embarcado para la Habana con Teresa....

—Oh! exclamó Arturo, lanzando un profundo suspiro y llevando las manos á sus ojos.

—Ya os acordais de la Habana: es una cestilla de flores colocada por la naturaleza entre el grande Océano y el golfo de México: allí en aquellos jardines floridos, debajo de aquellas gallardas palmas, habitando uno de esos palacios plantados en medio de los cafetales y de las cañas, que brotan al parecer como unas maravillas orientales, ¿qué de placeres inefables y sublimes no gozariais á esta hora, al lado de esa mujer tan bella, como esos ángeles que arrojó del Eden la cólera del Señor?

—Oh! imposible, dijo Arturo, imposible; no presenteis á mi imaginacion, Rugiero, esas escenas de felicidad que no pueden realizarse.... Teresa no me amaria.

—Os engañais, Arturo: los primeros dias seríais simplemente el amigo de Teresa; despues os veria con la confianza de un hermano, y pasando el tiempo, todo el tesoro de amor y de sensibilidad que tiene Teresa, seria para vos, nada mas que para vos, porque así es la naturaleza humana. Los grandes pesares, como los grandes placeres, se gastan, se olvidan, se horran enteramente; y el amigo de una mujer desgraciada y sensible, acaba por ser el amante mas querido.

—Pero, ¿y la memoria del capitan Manuel? preguntó Arturo, como deseando que Rugiero le dispase ese último remordimiento.

—Bah! dijo Rugiero, eso es muy poca cosa; vos no matásteis al capitan intencionalmente; fué un acto de defensa natural.... Y sobre todo, si él ya murió, Teresa dejó de pertenecerle: vos la podreis hacer feliz.

—Y decidme, dijo Arturo, ¿habrá algun buque para la Habana?

—La goleta *Dos Hermanas* se hace á la vela mañana. El mar, por otra parte, os haria bien.

—Y vos, qué pensais hacer? preguntó Arturo.

—Yo.... marcharme por la diligencia esta noche para México; pero contad con que en el próximo paquete me embarcaré; y si os resolveis á ir á la Habana, os visitaré, aunque sea algunos dias. Por ahora, tengo mil asuntos que concluir, y os dejo mas tranquilo.

Arturo quiso decir algunas palabras mas, pero no tuvo quien le escuchase, pues el hombre del Paso de Calais habia desaparecido.

XIV

Las dos Diligencias.

Aunque México ha querido tomar, hace años, un lugar entre las naciones civilizadas, le falta todavía mucho de lo que constituye la civilizacion y el progreso; entre otras cosas los medios de comunicacion, pues los caminos son detestables, bien que la naturaleza no se presta muy fácilmente, pues siendo todo el país montañoso y desigual, y estando construidas las ciudades sobre la alta cordillera, los caminos de fierro y los canales son mucho mas difíciles de hacerse que en cualquier otro país del mundo. Con todo, hace algunos años que los únicos medios de comunicacion eran unos voluminosos y pesados coches, tirados por ocho ó diez mulas, que caminaban con la lentitud de

una tortuga; mientras que hoy, en cuatro ó cinco dias se camina en las diligencias una distancia igual á la que en los tiempos del sistema colonial se atravesaba con mil trabajos en veinte ó veinticinco dias.

Casi no hay una persona que no sepa que en el callejon de Dolores, en México, está el despacho general de las diligencias, y que diariamente, á las cuatro, cinco, seis y siete de la mañana salen para Veracruz, para Puebla, para el interior, y para otros puntos cercanos á la capital. En uno de tantos dias como salen estos carruajes, se agruparon al que partía para Veracruz, hasta nueve pasajeros, acompañados de sus sacos de noche, maletas, sombreros y cajenes, con lo cual quedó el coche enteramente lleno. Como eran las cuatro de la mañana, estaba oscuro, y todos los pasajeros, señolientos y de mal humor, se introdujeron en el carruaje, que al dar el reloj de la Catedral cuatro campanadas, partió con la velocidad del rayo, turbando con su ruido el reposo de los habitantes de México, entregados al descanso y al sueño.

Como sucede siempre, durante las horas de oscuridad los pasajeros no hicieron mas que continuar su interrumpido sueño, y recargados unos en las portezuelas, otros en el respaldo, y otros sobre sus compañeros de viaje, guardaron por largo rato un completo silencio. La diligencia atravesó la ciudad, pasó la garita, mudó caballos en el Peñon Viejo, y solo al llegar á Ayotla, fué cuando los brillantes rayos del sol naciente que iluminaba la elevada cumbre de los volcanes hirieron los ojos de los pasajeros, quienes cambiando

su cómica posicion, limpiándose la vista y desperezándose, se dieron los buenos dias; tomaron una poca de leche, se envolvieron en sus capotes, y encendiendo cigarrillos, continuaron el viaje de mejor humor.

—Parece que todos vamos á Veracruz, dijo uno de los pasajeros, que era un jóven de franca y abierta fisonomía, de pelo y patillas rubias, y de ojillos verdosos.

—Parece que sí, respondió otro.

—Pues en ese caso, tenemos que estar todavía cuatro dias juntos, y es necesario trabar amistad, charlar y divertirse, para hacer menos fastidioso el camino.... Conque convenidos, camaradas; yo me llamo Juan Bolao, ó Bolado; pero como parece que mi difunto padre era andaluz, siempre su merced me decia que nuestro apellido era Bolao.... y así, camaradas, yo soy Juan Bolao, para servir á vdes.... Estoy en el comercio, en la casa española de Fernandez y C.^a, y voy á la Habana por asuntos de la maldita casa de Revuelta, que ha quebrado, y el hijo de dos mil diablos nos ha llevado muy bien unos veinte mil pesos.... y voy á otra cosa mas.... pero ya es bastante.... Conque, compañeros, aquí tienen mi historia.... ya saben que soy alegre y charlador como el que mas.

Todos los pasajeros rieron de la franqueza y jovialidad del dependiente de Fernandez, y á su vez fueron diciéndole sus nombres, y ofreciéndose como sus servidores: solo faltó á esta muestra de cortesía uno que, envuelto en una capa azul, estaba recargado en un rincon de la diligencia, y tenia trazas, ó de estar enfermo, ó de tener mucho sueño. Bolao, que lo no-

tó, sacó del bolsillo de un chupin de lana que tenia abrochado hasta el cuello, un rollo de puros habanos, y comenzó á repartir á los pasajeros.

—Vamos, amigo, le dijo al pasajero de la capa azul, la luz ha salido ya, y es preciso dejar de dormir: fumad, fumad, y ya vereis como se os quita la modorra.

El pasajero tomó el puro y dió las gracias á Bolao con mucha urbanidad. Bolao, infatigable, sacó un cerillo, encendió su puro, comenzó á echar bocanadas de humo sobre las caras de los pasajeros, y á entonar en alta voz *suona la tromba*.

—Eh! dijo, me cansé de cantar; ahora volvamos á la conversacion... Pues, señores, estábamos en... hal ya me acordé... en que cuando se trata de amor, las cosas son delicadas, y todos son enemigos.

Los pasajeros, asombrados, se miraron unos á otros, pues no recordaban que Bolao hubiese comenzado á contar ninguna historia de amor; mas uno de ellos quiso excitar la charla del jóven, y le contestó:

—En efecto, en eso estábamos; continúe vd.

—Pues, señores, es una cosa increíble, espantosa: figúrense vdes. que eran dos amigos; uno de ellos queria mucho á una muchacha, y la citó á cierto paraje...

El pasajero taciturno del capote azul, levantó la cabeza, y se puso á escuchar atentamente: Bolao, sin notarlo, arrojó por la portezuela unos fragmentos del puro que fumaba, y continuó:

—La muchacha era linda, segun me dicen, y estaba muy enamorada de su amante, por supuesto; pero

no se casaban, yo no sé por qué friolerillas que siempre se les ocurren á esos tunantes que se llaman tutores.

—Y vd. conoce á la muchacha y al tutor? preguntó con indiferencia el pasajero del capote azul.

—No, caballero, no los conozeo; pero lo que digo á vdes. me lo contaron á mí con mucha reserva, y con la misma lo cuento: prosigo:—Pues, señores, como iba diciendo, el amante tuvo la tontería de comunicar á su amigo sus amores, y el amigo...

—El amante fué un imbécil, dijo con una voz concentrada el pasajero de la capa azul.

—Os interesa esta narracion, caballero? dijo Bolao: pues bien, ya vereis, continúo: Pues, señores, el amante cometió, además, la bestialidad de decir á su amigo el lugar y la hora de la cita...

—Oh! es imposible, dijo con voz entrecortada el pasajero; una infamia semejante no puede cometerse entre caballeros.

—Parece que sabeis algo de la historia, camarada, dijo Bolao... entonces, ayudadme á contarla á estos señores.

—No, nada sé, repuso con indiferencia el pasajero, dando dos ó tros fumadas á su puro.

—Pues, señores, voy á proseguir, dijo Bolao: el caso es, que el amante se tardó un poco en ir á la cita, y el amigo le ganó por la mano.

—Oh! exclamó el pasajero.

—Estais enfermo? preguntó Bolao.

—Tengo un dolor que atribuyo al frio, dijo con cal-

ma el pasajero de la capa azul; pero no es gran cosa; continuad.

—Pues, señores, iba diciendo, que el amigo llegó primero, y no sé de qué ardid se valió; el caso es que se llevó á la muchacha.

A pesar del viento fresco, algunas gotas de sudor se deslizaban por la pálida frente del pasajero.

—Y como las mujeres son el demonio, cosa que vdes. saben tambien como yo, continuó Bolao, tal vez la muchacha estaria de acuerdo. ...

—No, no, eso es imposible, interrumpió el pasajero del capote azul.

—Bah! ¿y por qué no?....

—Porque mas bien es de creerse que el amigo fué el infame, repuso el pasajero con tranquilidad.

—Todo puede ser, caballero; en cuanto á mí, no me fio ni de la madre que me parió; y si me ven vdes. tan alegre, es porque soy como las abejas; chupo la miel sin cuidarme de la rosa, y vuelo de flor en flor, sin aficionarme á ninguna; porque el dia que un bribon viniese á robarme mi querida, no quedaria de él ni polvo.

—Continuad, caballero, dijo el del capote azul.

—Pues, señores, dijo Bolao; lo mas original es, que despues de haber el amigo robado á la muchacha del amigo, lo esperó en la puerta, y le dió tan sendos patos, que, segun dicen, se está muriendo.

—Oh! oh! exclamó con voz ronca el pasajero del capote azul, rechinando los dientes.

—Os sigue el dolor? dijo Bolao. ... tomad; y sacó

de su bolsillo un frasco de aguardiente; y lo alargó al enfermo.

—Sí, dadme, dadme, respondió el pasajero, y tomando el frasco lo aplicó á sus labios, y de un solo trago vació la mitad.

—En efecto, estais pálido, dijo Bolao; el aguardiente os hará bien: ahora, recostáos un poco sobre mi hombro.

—Y la historia? preguntó otro pasajero.

—La historia!.... Buena es esa; pues rato hace que se acabó....

—Cómo! ¿Pues y la muchacha?

—Sepa el diablo dónde la escondió el pícaro amigo....

La diligencia continuó caminando, y Bolao, los ratos que no cantaba, fumaba y bebia traguitos de aguardiente. Juan Bolao trabó conversacion con los postillones y con los otros compañeros de viaje, y siempre con su buen humor y con su charla, entretuvo el tiempo hasta que la diligencia llegó á Rio-Frio. Allí, como es costumbre, se detuvieron una media hora para almorzar en una fonda establecida por un viejo aleman, á quien Dios ha dado por recompensa de sus honrados trabajos culinarios, unos robustos chicuelos que vagan confundidos entre los perros y los caballos de los carruajes, los que por su parte se han mostrado siempre de un excelente carácter.

Juan Bolao almorzó mas y con mayor presteza que los demas viajeros, y limpiándose los dientes, salió al cobertizo de la posada, donde á falta de gentes, continuó la conversacion con las caballos ya uncidos en el coche.

—Eh! les dijo; hijos de la selva, portarse bien, y cuidado con volcar el carruaje, porque va en él todo un Juan Bolao, personaje tan importante como el mismo Santa-Anna; porque han de saber, camaradas, que Juan Bolao se ama tanto, que en todas circunstancias preferirá su salud á la de cualquier magnate. Conque ¡eh!.... y esto diciendo, dió tres ó cuatro palmadas en el anca de uno de los caballos, el cual, estando un poco mohino, quiso dar una buena coz á su interlocutor; pero Juan Bolao, ligero como un gamo, dió un salto profiriendo sendas maldiciones. Vuelto en sí de la sorpresa, notó dentro del carruaje al pasajero del capote azul, y subiéndose al estribo, asomó su cara dentro del coche.

—Eh! amigo, le dijo; parece que tiene vd. poca apatencia: le aconsejo que baje á almorzar, pues no dilata un momento en venir el diablo de Juan, y sabe vd. que ese yankee maldito no espera mucho.

—Como estoy algo indispuerto, dijo el pasajero, el almuerzo me haría mal; y así, me reservo para comer en Puebla.

—Eh! interrumpió Bolao..... buenas pistolas.... ¿Que diablos hace vd. con ellas?

—Las cargo, respondió el pasajero, que en efecto tenia una hermosa pistola inglesa en las manos, porque sabe vd. que este monte es peligroso, y pueden los ladrones hacernos alguna visita.

—Bien, muy bien, repuso Bolao; si se ofrece un lance, ayudaré á vd. con un par de trabucos cargados hasta la boca, que están debajo del cojin.... Pero ya

vienen los pasajeros, y Juan está ya listo.... Conque, adentro, camaradas.

En efecto, los pasajeros se acomodaron: Juan subió al pescante, tronó su látigo, y los caballos llenos de ardor partieron como un relámpago. A poco entraron en el monte: las nubes posaban en las copas de los altos pinos, el aire era húmedo y frio, y pequeñas gotas de lluvia comenzaban á caer. Los viajeros echaron las persianas y vidrios; se envolvieron en su capotes, y tomando la posicion mas cómoda, si es que esto es posible en una diligencia, comenzaron á dormir. Juan Bolao, que, se nos habia olvidado decir, habia vaciado en su estómago una botella de Burdeos, entró tambien en muda; se recostó en un antepecho, y á cabo de media hora dormia con la tranquilidad de un justo. A las cinco y media de la tarde, la diligencia de México entraba en las calles de Puebla, sin haber tenido la menor novedad.

XV

Continuacion.

Segun es costumbre, á las tres y media de la mañana siguieron nuestros viajeros su camino para Perote: en esta vez no se acomodaron en el estrecho carruaje para dormir, sino que todos despiertos y sobre sí, comenzaron á discutir acerca de la conducta que deberian observar si los ladrones los atacaban. Hacia tres dias que á la salida de Puebla habia sido detenida la diligencia, y los pasajeros amarrados y despojados de cuanto tenian; pero como la civilizacion y finura de los ladrones de la República mexicana, excede á cuanto puede apetecerse, cosa que, en obsequio de la justicia, deben reconocer y confesar los viajeros, los transuentes fueron atados de piés y manos, y colocados con el rostro contra la tierra, habiendo tenido algunos la ventaja de conservar su ropa interior.

Los ladrones, habiendo recogido relojes, anillos y algunas monedas de oro y plata, se internaron en el bosque, sin olvidarse de dirigir tiernos adioses á las víctimas, que por su parte tuvieron la descortesía de guardar un profundo silencio. Esta anécdota, de fresca memoria, hizo una impresion profunda en el ánimo de los pasajeros, tanto que á la luz de un cerillo que encendió uno de ellos, se vieron todas las fisonomías azuladas, descompuestas, y como incrustadas en los amarillentos cojines del carruaje. En cuanto á Juan Bolao, con su eterno puro habano en la boca, tarareaba un retazo de su ópera favorita: el pasajero del capote azul permaneció frio, impasible, silencioso, como el día anterior.

La diligencia pasó la garita, y cuando entró en una calzada llana, y cesó por consiguiente el crujir de las ruedas, volvieron á comenzar las historias de ladrones; y cada cual contó la suya, con los mas negros colores que le pudo sugerir su imaginacion: daba miedo el escuchar los horrores y crueldades cometidos por los honrados ladrones que pululan en el camino de Veracruz.

—Y bien, amigo? dijo Juan Bolao, dirigiéndose al pasajero del capote azul, cuando todos acabaron de hablar.

—Y bien, contestó este, mis pistolas están cargadas. ¿En qué disposicion están los trabucos de vd?

—Corrientes y listos, repuso Bolao; y le aseguro á vd. que ya tendrán buena fiesta esos señores ladrones, si nos asaltan.

—Qué! tratan vdes. de defenderse? preguntó alarmado uno.

—Por supuesto, dijo Bolao: no falta mas sino que nos dejáramos, como unos chicos de la escuela, tender boca abajo y azotar.

—Es que así se compromete inútilmente la vida de todos, interrumpió otro mucho mas alarmado.

—Toma! y qué se me da á mí de eso? respondió Bolao.

—Cómo qué se le da á vd? dijo un hombre gordo y de trabajosa respiracion: ¿pues le parece á vd. grano de anís el que me maten?

—Ya se ve que sí.

—Entonces....

—Pues, camaradas, si vdes. me pagan sesenta onzas que traigo atadas á la cintura, no me defenderé... de lo contrario, voto á dos mil diablos que.... con permiso, caballeros....

Juan Bolao sacó de debajo de los cojines un par de trabucos y una espada toledana, y encendiendo un cerillo los examinó con cuidado, desenvainó en seguida la espada y se desembarazó de todos los estorbos que podían impedirle sus movimientos.

—Este hombre es un demonio! dijo el pasajero gordo, en voz baja.

—Eh! camarada, yo estoy ya listo, dijo Bolao dirigiéndose al del capote azul.

—Y yo lo estaré dentro de dos minutos, contestó este, sacando sus pistolas y desenvainando tambien un hermoso sable curvo.

—Estos son unos caribes, dijo á media voz el hombre gordo; y si los ladrones salen, nos van á matar como unos pollos.

—Tambien vd. está resuelto á defenderse? le dijo al pasajero del capote azul uno de los viajeros, procurando dar á su voz el tono mas meliflúo que pudo.

—Tambien, contestó secamente el de la capa azul.

—En ese caso, señor mio, repuso sacando una mohosa navaja de cortar fruta, ayudaré á vdes. en lo que pueda.

—Señores, exclamó el hombre gordo, tengan compasion de mí: yo no tengo armas, soy casado, tengo siete angelitos y nueve sobrinitos; y además, soy gordo.... y ya ven vdes. que tengo mas probabilidades de recibir un golpe....

Bolao se echó á reír á carcajadas; pero el pasajero del capote azul dijo:

—Quizá no habrá nada, amigo; pero si algo hubiere, no hay mas que resignarse.

El hombre gordo contestó con un suspiro: los otros se pusieron á vomitar blasfemias contra el gobierno, que descuidaba de quitar de los caminos tanta piedra y tanto bandido, ambas cosas muy perjudiciales para los míseros pasajeros. Juan Bolao cantaba; el pasajero del capote azul permanecía silencioso.

La diligencia caminaba rápida, y solo se oía de vez en cuando el chasquido del látigo y la voz del cochero: los caballos volaban, sacando chispas con el choque de sus herraduras contra las piedras y guijarros de la calzada. La atmósfera estaba tibia, y las ráfagas

de viento que venian de vez en cuando á levantar las cortinas del coche, estaban impregnadas del perfume de los campos: las estrellas iban poco á poco palideciendo, y el azul de la bóveda celeste se aclaraba visiblemente: una línea blanquecina con un ligero matiz rosado, aparecia detrás de las montañas, que se levantaban negras é inmóviles, y parecian como unidas al firmamento. Los árboles sembrados en el camino, solian inclinar levemente sus copas al impulso del viento de la mañana, y tenian el aspecto de unos bandidos dispuestos á acometer al pasajero: el espectáculo que presentaba la naturaleza al despertar, era bellissimo; pero nadie lo notaba, porque estaban ocupados con una idea fija: *los ladrones*.

La diligencia siguió por largo rato su camino sin novedad; pero el cochero, al internarse en un terreno barrancoso y lleno de árboles, observó, con las primeras y pálidas claridades del crepúsculo, unos hombres á caballo, y dió parte de ello á Juan Bolao, con quien tenia ya íntimas relaciones.

—Eh! amigo mio, dijo al pasajero del capote azul, parece que el momento ha llegado; abajo, abajo! . . . para, párate, Juan!

Juan detuvo los caballos, y Bolao, ligero y alegre, sin dejar de tararear su ópera favorita, abrió la portezuela, y bajó seguido del pasajero del capote azul, que con una calma y tranquilidad envidiables, preparaba sus pistolas y colgaba en su puño el curvo y reluciente sable. El hombre de la navaja descendió temblando del carruaje, teniendo cuidado de formarse un

escudo con el cuerpo de Bolao, mientras el hombre gordo rezaba en voz baja la Magnífica y la Letanía, diciendo por intervalos: estos hombres son unos bárbaros.

Los demas pasajeros, que hubieran querido volverse insectos, para ocultarse entre las arrugas de un cogin, reduciéndose á su mayor volúmen, formaron un todo compacto é informe, algo parecido á los bultos de ropa sucia que llevan las lavanderas en la cabeza.

La diligencia siguió su camino poco á poco, por órden de los campeones que iban escoltándola á pié y con sus armas dispuestas; mas apenas habia avanzado unos treinta pasos, cuando un grito enérgico, acompañado de un horrible juramento, salió del bosque, y la diligencia se detuvo. El pasajero del capote azul y Bolao se miraron: el uno sonreia tristemente, y el otro con sus labios entreabiertos y risueños, tarareaba *suona la tromba*: los dos se comprendieron, y se apretaron la mano, mientras el hombre de la navaja, que temblaba como un azogado, hacia un esfuerzo sobrenatural para echar bravatas sin cuento.

Los bultos que con su vista ejercitada columbró el cochero, se percibieron mas clara y distintamente: los tres pasajeros se agruparon detrás de las ruedas del carruaje; y los ladrones, porque ya no se podia dudar que lo eran, se aproximaron, y rodeando la diligencia, impusieron silencio en los términos mas enérgicos y terminantes. El pasajero del capote azul tendió su pistola, y acertó á dar en la frente á uno que estaba á caballo, que cayó al suelo dando un gemido. Otro de á pié se avanzó rápidamente sobre el hombre

de la navaja; pero este, con la seguridad que inspira el miedo, hundi6 dos 6 tres veces el arma en el costado de su adversario, y ambos cayeron rodando por la tierra.

Juan Bolao no habia permanecido ocioso, como es de suponerse, sino que descarg6 un trabuco, sin mas 6xito que poner en fuga 6 dos de los ladrones de 6 caballo; y no habiendo podido descargar el otro, por haberse visto cercado de tres bandidos, repartia sendos porrazos con la culata, guarnecida de cobre, del que le quedaba. Cubierta su espalda con el juego del carruaje, se defendia valerosamente, cuando uno de los ladrones que se desliz6 por debajo del carruaje, lo asió por el cuello, y sac6 un puñal; pero el pasajero del capote azul, con su fisonomía p6lida y serena, y su amarga sonrisa, se acerc6, y poniendo el cañ6n en el oido del bandido, que alzaba ya el brazo para herir 6 Bolao, tir6 del gatillo, y entre una nube de humo volaron los fragmentos de su cr6neo. Este fu6 un golpe decisivo: cinco 6 seis bandidos que, mientras pasaba esta refriega, se habian dedicado 6 registrar los baules y maletas colocados en el pescante y covacha del carruaje, se pusieron en una precipitada fuga, dejando en el campo dos cad6veres y un herido.

Todo esto pasaba 6 la media luz del crepúsculo, cuando los pájaros cantaban, cuando un ambiente delicioso jugaba entre las copas de los 6rboles, cuando los rayos del sol doraban las nubes y levantaban de las praderas el velo de la niebla que las cubria: hubo un rato de silencio solemne.

—Y bien, dijo Bolao despues de un rato; parece

que hemos quedado dueños del campo de batalla. ¡Viva la patria! ¡viva la república donde los pasajeros se ven obligados 6 matar 6 estos pobres diablos, que la justicia debia ahorcar en los 6rboles!..... Pero..... ¿estais herido, amigo mio? continu6, acercándose con interes al pasajero del capote azul.

—Creo que no, respondi6 este.

—Pues esa sangre?....

—Sin duda es de ese hombre que os iba 6 atravesar con su puñal, y que lo hubiera hecho, 6 no haber yo tenido la precaucion de acertarle con mi excelente pistola.

—Es posible! dijo Juan Bolao con emocion, abrazando al pasajero; ¿con que me habeis salvado la vida? ¿C6mo os llamais? Decídmelo, porque ambos somos jóvenes, nos encontraremos acaso algunas ocasiones mas en el mundo, y puede ser que entonces os pueda pagar esta deuda.

—Creo que traer6 en mi cartera algunas tarjetas.... Sí... en efecto.... tomad; pero no veais mi nombre, ni me preguntéis por ahora nada, pues me conviene permanecer inc6gnito....

—Está muy bien, dijo Bolao, guardando la tarjeta; pero al menos no me negareis otro abrazo.

El pasajero y Bolao se abrazaron con la efusion que es natural cuando ha pasado un gran peligro.

—Ahora, dijo Juan Bolao, vamos 6 proceder 6 registrar 6 los muertos; y ser6 acaso la primera vez que suceda que los pasajeros roben 6 los ladrones: esto se llama ir por lana y volver trasquilado. Ayudadme, amigo.

El pasajero, con visible repugnancia, se acercó adonde estaban los cadáveres desfigurados y cubiertos de sangre.

—Ya veo que esto os molesta, dijo Bolao; á mí me sucede otro tanto, y hubiera preferido que estos miserables hubiesen huido; pero acaso podremos devolver á los pasajeros, que hace tres días fueron robados, algo de lo que perdieron.

—Me parece bien, dijo el pasajero: veamos lo que tienen.

Diciendo esto, los dos campeones empezaron á registrar los bolsillos de los difuntos; y luego que hubieron concluido, dijo Bolao:

—Qué encontrásteis, caballero?

—Mirad, contestó el pasajero del capote azul, dando á Bolao una cajita verde y diez onzas de oro.

Bolao abrió la cajita, y los dos exclamaron:

—Magnífico!... Esta es prenda de mucho valor... ¡Qué brillo! parece un sol.

Era un hermoso prendedero de brillantes.

—Ved ahora, dijo Bolao á su compañero, lo que yo he sacado de las bolsas de este bribon; un bolsillo de seda lleno de oro, este anillo y esta cajita.

—Veamos; y diciendo esto se pusieron ambos á examinar los objetos dichos.

El anillo era de oro con un hermoso granate, en cuyo centro estaban grabadas las iniciales *G. H.*; y la cajita contenía una delicada miniatura, que representaba una niña, bella como un ángel.

—Oh! exclamó el pasajero del capote azul, esto es

increíble... y con la mayor presteza cerró la cajita y la guardó en la bolsa.

Juan Bolao abría tamaños ojos; pero el pasajero del capote azul le dijo:

—Perdonad, caballero, estos misterios y estas reservas con un hombre tan franco como vos: permitidme que me quede con este retrato, y no me preguntéis nada sobre el particular.

—Toma! dijo Bolao, ¿y qué derecho tengo yo para preguntaros nada? Haced lo que gustéis; y si me necesitais para algo, disponed de mí como si fuera vuestro hermano. Además, ya os he dicho que yo me voy á embarcar para la Habana; así es que vos debéis depositar este dinero y estas alhajas hasta que parezcan sus dueños. Pero, por Dios, amigo, continuó con un aire de ingenuidad, no las entreguéis, ni á los escribanos, ni á los jueces, porque ya sabéis... cuerpos de delito como estos, son enterrados en sepultura de caoba....

—Muy bien; seguiré vuestro consejo, dijo el pasajero; y yo tengo esperanza de que este retrato me conduzca á la averiguación del verdadero dueño de estas prendas... Pero vamos á indagar la suerte de nuestros compañeros de viaje.

Bolao y el intrépido pasajero se asomaron por las portezuelas de la Diligencia, y miraron una aglomeración informe de piés, cabezas y brazos, que no pudo menos de incitarlos á risa, á pesar de la seriedad del lance. Los que habían permanecido dentro del coche, al escuchar el estruendo de los tiros y el chis-chas de

las espadas, se habian estrechado, abrazado, enlazado, revuelto y confundido de tal manera, que era una maraña incomprensible; y sin aliento, y con los ojos cerrados, encomendaban interiormente su alma á Dios.

—Eh, camaradas! gritó Bolao, removiendo con la mano aquel grupo informe; ya todo concluyó, y los ladrones que han quedado con vida se han fugado.

Los pasajeros permanecieron silenciosos.

—Vamos, amigos, dijo el del capote azul, tranquilizáos, pues ya no hay riesgo.

Los pasajeros ni chistaban.

—Estos hombres se han muerto de miedo, dijo Bolao: veamos.

Y habiendo los dos entrado á la Diligencia, comenzaron á enderezar á los compañeros.

Al primero que levantaron fué al hombre gordo; estaba pálido como un cadáver; un sudor frio goteaba por su frente; sus brazos caían descoyuntados, y tenia sus ojos cerrados fuertemente.

En cuanto á los otros pasajeros, luego que reconocieron á sus amigos, recobraron su ánimo y comenzaron á echar bravatas; de lo que Juan Bolao no pudo menos de reir á carcajadas, pues dijeron que habian permanecido ociosos por falta de armas.

El hombre gordo estaba encaprichado en no abrir los ojos, y solo despues de muchas súplicas los fué desuniendo muy poco á poco, porque, segun decia, no queria ver ni sangre, ni armas, ni ladrones.

—Eh, señores! nos falta un pasajero, pues éramos nueve, dijo Bolao.

—En efecto, recuerdo ahora que bajó detrás de mí, dijo el del capote azul.

—Habrá perecido el infeliz, exclamó Bolao con interés.

—Jesus me valga! dijo el hombre gordo supirando; y volvió á cerrar los ojos, dejándose caer en el respaldo del coche.

Bolao y su compañero se dirigieron á buscar al pasajero que faltaba, y entonces notaron que el cochero estaba atado en un árbol y con la boca tapada con un pañuelo; los caballos, desuncidos, vagaban, á corta distancia, paciendo la yerba muy tranquilos. Cómo los ladrones habian tenido tiempo para hacer estas operaciones, era lo que no comprendian; pero ya se sabe que en lances semejantes, todo lo que pasa es extraordinario y singular.

—Veo debajo de aquel árbol dos bultos, dijo Bolao á su compañero.

—En efecto: veamos.

—Infeliz! ¡¡muerto!!! exclamaron los dos al acercarse.

El pasajero que faltaba estaba abrazado con el bandido, y ambos sin vida y nadando en sangre.

—Pero no murió solo, dijo Bolao con alegría. Separémoslo de su enemigo: y al decir esto, se inclinó, y levantándolo por el pecho, sorprendido dijo: ¡Demonio! este hombre no está muerto, le late aún el corazón.

—Es posible! respondió el pasajero del capote azul: entonces estará herido nada mas, y en ese caso lo podremos salvar.

Los dos comenzaron á examinar al supuesto difunto; le quitaron la ropa, registraron minuciosamente todo su cuerpo, y con grande asombro notaron que no tenia ni la mas leve herida: entonces le arrojaron agua al rostro, y se movió; lo abrigaron, y recobró el calor; por último, entreabrió los ojos, y creyéndose muerto los volvió á cerrar: el miedo lo habia matado por un momento, pues el bandido lo arrastró en su caída.

En esto estaban, cuando unos agudos quejidos les llamaron la atencion, y detrás de un matorral descubrieron á uno de los ladrones herido.

El pasajero se acercó, y con gran sorpresa exclamó: ¡él es! ¡él es!

—Pero, ¿quién es? preguntó Juan Bolao.

—Ojo de Pájaro.

—Ojo de Pájaro! ¿Y quién es ese bicho?

—Ya lo veis, un miserable ahora; pero que ha sido muy valiente.

—Lo conocéis?

—Perfectamente; y ya os contaré....

—Sois el hombre de los misterios, amigo mio; dijo Bolao sonriéndose; pero estad tranquilo, y solo os pido que cuando nos volvamos á ver....

—Todo lo sabreis, respondió el pasajero; pero mirad, parece que se acerca una partida de tropa.

—En efecto, siempre sucede que la tropa llega despues de buena hora.

El sol habia acabado de salir por la falda de las montañas, y con sus rayos brilladores alumbraba los uniformes y las lanzas de una partida de caballería, que

no tardó en acercarse al sangriento campo de batalla. A ese mismo tiempo, y por el camino opuesto, venian muchos vecinos del pueblo de Amozoc, que tuvieron la calma ó la malicia de permanecer tranquilos, á pesar de haber escuchado los tiros y la vocería.

Era de ver cómo corrian los soldados en todas direcciones, blandiendo las lanzas y echando juramentos; y cómo pasajeros, vecinos y soldados echaban bravatas sin cuento; mas Bolao y el pasajero pusieron término á todo, recomendando al gefe de la escolta y al alcalde del pueblo que enterraran los muertos y cuidaran del herido. Fuéronse luego al pueblo á lavarse, á cambiar vestido y á almorzar, para poder continuar el viaje interrumpido de una manera tan terrible.